

Las puertas de oro*

Concha Bernardelli

28 de julio de 1896

DESPUÉS DE HABER DEVORADO con *hambre famélica* una buena provisión de libros que me prestó un amigo de mis hermanos, siento que hay algo que me entusiasma tanto o más que el amor de Félix, que me produce sensaciones tan deliciosas como la idea de amar y ser amada, y estos son los goces sublimes de la inteligencia; quisiera penetrar en ese paraíso vedado en que me parece que viven los hombres de talento, los escritores, los poetas...

¿Por qué para los hombres están abiertas esas puertas de oro y para la mujer están cerradas con llave y hasta con cerrojo? A ellos se les empuja por el camino de la ciencia y del arte, con los maestros por guías y conductores, y a la mujer se le cortan las alas, y para emplear la vida entera, se le dan las llaves de la despensa, la aguja y el piano.

Cuando por casualidad caen a mis manos libros como los que acabo de leer, siento ansias terribles, inauditas, de conocer esos autores que nuestros escritorillos critican, parodian, ensalzan y veneran.

Lo que más me ha interesado es una colección de estudios críticos. Un estudio sobre Leconte de Lisle, y ¿por qué no leer los versos de Leconte de Lisle si son tan armoniosamente bellos y marmóreos?

Otro sobre una obra de Tolstoi, y ¿por qué no conocer las obras de Tolstoi? Pero sobre todo, ¿por qué no estudiar para comprender las obras de Taine, que según



Conchita Bernardelli, 1887.
Fotografía: archivo familia Corvera

* En *De espinas y flores. Diario íntimo (mayo de 1895-abril de 1928)*, Concha Bernardelli, México, UAM, 2012, pp. 48-50.

dice este crítico son tan profundas y filosóficas? Mi familia dice que esos libros no deben leerlos las muchachas. ¡Ay Dios mío! Qué cosa tan fastidiosa es ser muchacha. Si algún día me caso me desquitaré...

Entre tanto, siento una curiosidad rabiosa y aun más... me siento con bríos de emprender estudios serios, y hasta aprender latín y griego para leer a los clásicos antiguos, quisiera saberlo todo, comprenderlo todo, y consagrar lo que resta de mi juventud a *probar las manzanas codiciadas del árbol de la ciencia*.

Por supuesto que cuando me pasan estos arrebatos me río de mí misma. Porque esto es tan imposible como ver volar un buey. Sin contar con que mis padres me declaraban loca de remate, bonita tempestad de burlas se desencadenaba contra mí, comenzando por las de mis hermanos. Bien está, dicen en mi casa, que una señorita sea *ilustrada*, esto es, que sepa bordar, tocar el piano, chapurrear el francés y el inglés y hasta pintar uno que otro cuadrito, pero ¿aprender latín?, ¿leer libros de filosofía?, ¿tener maestro de retórica y literatura? Esto es risible, ridículo, insoportable, y confieso que las burlas y el ridículo me espeluznan. En verdad nada me causa tanto miedo y vergüenza como los dictados de mujer-pedante, preciosa-ridícula, y todos los nombres burlescos que se aplican a las mujeres cuando son instruidas o pretenden serlo, por lo mismo estas ideas mías las oculto con tanto cuidado como pudiera ocultar una deformidad física, y sólo a mí misma, y muy en secreto, me digo que hay en mí facultades comprimidas, cosas en germen que pudieran desarrollarse, algo que me sobra y no puedo expresar qué cosa sea.

Dice un versito que repiten mis parientes a menudo:

Mujer que sabe latín
no puede tener buen fin

Y yo pienso cómo pudiera leer las obras de Virgilio en el idioma en que fueron escritas ¡aunque tuviera mal fin!

Pero no hay que darle vueltas, lo único accesible para mí es el amor y el matrimonio, además casándome es probable que tuviera un hijo inteligente y que sintiera en él todas las ansias de saber, todo el entusiasmo por lo bello que he sentido yo; y entonces... ¡qué felicidad! Para él no habría cortapisas ni limitaciones, le haría estudiar cuanto quisiera, despertaría en él anhelos de gloria y de celebridad y le ayudaría a llegar adonde sueña que puede llegar un hombre de corazón y de talento. Y esta sería otra forma de ser feliz, y la que me parece más fácil de obtener. 